

Por fin, cansados, pero alegres y satisfechos, reuniéronse junto á las rejas de la Colegiata á esperar los coches especiales que llegaron á las once.

Varios grupos de niños y de personas mayores regresaron á pie ó en los tranvías del público; pero la mayor parte lo hizo en los 19 especiales que apenas bastaron para conducir á los peregrinos.

Cerca de las doce llegaron los coches á la Plaza de Armas, y los niños al bajarse para irse á sus casas echaban una última mirada llena de tristeza al rumbo de la Villa y preguntaban cuándo volverían á hacer otra peregrinación.

Tal fué, contada á grandes rasgos, la humilde pero sincera y devota celebración de nuestro primer aniversario. Al reseñarla sentimos aún el corazón henchido de gratísimo consuelo, por el éxito de la infantil peregrinación, pues que no sólo fueron niños en número mayor del que esperábamos, sino que además reinó en toda ella el orden más completo y la más franca alegría.

Plegue á Dios conceder larga vida y opimos frutos á la naciente *Congregación del Catecismo*, para que la peregrinación infantil de este año no sea sino el primer eslabón de larguísima cadena y el albor de los días de paz y de ventura que ha de traer á nuestra patria la eficaz intercesión de nuestra Madre Santísima de Guadalupe.

BAZAR DE CARIDAD

PARA LA
OBRA DEL CATECISMO.

CALLE DE LA AGEQUIA, BAJOS DEL NUM. 2.

MEXICO

EL CATECISMO

ORGANO

DE LA «CONGREGACIÓN DEL CATECISMO.»

Hæc est victoria quæ vincit mundum, fides nostra.
Esta es la victoria que vence al mundo, nuestra fe.

1º Epist. de S. Juan, Cap. V, v. 4.

DOCTRINA

(Continúa.)

Debemos, además, pronunciar este nombre con amor, porque nos trae á la memoria tiernos y gratos recuerdos.

Veámoslo: si una persona nos hubiera prestado algún servicio importante, ¿podríamos oír su nombre, podríamos pronunciarlo sin sentir por ella en el fondo de nuestro corazón el mayor afecto? Pues cuando nombramos á Jesús, articulamos el nombre de quien misericordiosamente nos libró del infierno, nos volvió al camino de salvación y nos reconcilió con Dios, á costa del más grande sacrificio. Padeció las penas que nosotros merecíamos, se sujetó por nosotros á los dolores, tristezas, agonía y último suplicio de los criminales; más aún: sufrió todas estas cosas voluntariamente, con el deseo ardiente de padecer más, si hubiese sido necesario, para salvarnos. El nombre que contiene y nos presenta recuerdos tan gratos, ¿no debe ser pronunciado con un

sentimiento de particular afecto hacia nuestro divino Bienhechor? Así lo pronunciaron los santos, porque una fe viva les sensibilizaba la inmensidad del beneficio, y el solo nombre de Jesús les arrancaba lágrimas de ternura.

A estos sentimientos de respeto y de amor debemos añadir el de *una viva confianza*, porque este nombre posee grande virtud y poder maravilloso para atraernos la misericordia y alcanzarnos la salvación; por esto se nos ha dicho que: *no se ha dado á los hombres otro nombre debajo del cielo, por el cual debamos ser salvos*. Lo que significa que Jesús lo puede todo, y que ninguna gracia puede venirnos sino por Él: en efecto, por ser nuestro mediador adquirió el derecho de dar y repartir todos los favores espirituales y temporales. Sabemos que los Apóstoles por la virtud de este nombre lanzaban á los demonios, daban vista á los ciegos, voz á los mudos, salud á los enfermos y vida á los muertos. Mas, si tales milagros obraban en los cuerpos, ¿qué milagros no obrarían en las almas? Milagros de luz, de fuerza, de arrepentimiento, de conversión, de salud, de santidad, en todos los males espirituales.

¿Qué más? Los Sacramentos no tienen virtud de santificarnos sino por el nombre de Jesucristo. La oración cristiana, de la cual dependen todos los favores que queramos alcanzar, no tiene la menor fuerza si no se hace en el nombre de Jesús: *Cuanto pidieréis al Padre en mi nombre, yo lo haré: á fin de que el Padre sea glorificado en el Hijo*. Si algo pidie-

reis en mi nombre, yo lo haré (San Juan XIV. 13 y 14). *En verdad, en verdad os digo: que cuanto pidieréis al Padre en mi nombre, os lo concederá. Hasta ahora nada le habéis pedido en mi nombre: Pedidle y recibiréis* (S. Juan XVI. 23 y 24). Por último, ninguna de nuestras acciones es buena ni merece la vida eterna si no está hecha en el nombre de Jesucristo, causa única meritoria que obra en nosotros todo bien; por lo que con tanta instancia nos recomienda el Apóstol San Pablo tener siempre presente al divino Salvador: *Todo cuanto hacéis, sea de palabra ó de obra, hacedlo todo en nombre de nuestro Señor Jesucristo*. Finalmente, ni Dios nos reconoce por hijos, ni nos ama, ni nos oye, ni acepta, ni le agradan nuestras ofrendas sino en el nombre de Jesucristo que nos ha reconciliado con Él y es nuestro perpetuo medianero cerca de Él.

Mas ¿de qué nos serviría la soberana virtud y la eficacia sin igual de este nombre, si nos fuera difícil aplicárnosla? Pero no; desechemos todo temor. Este nombre de virtud omnipotente, es al mismo tiempo nombre de bondad y de misericordia infinitas. Porque, habiéndonos rescatado Jesús á costa de tantos tormentos y de tan grandes ignominias, ¿será ahora tardío en socorrernos, en colmarnos de sus beneficios? ¿Qué no hará por nosotros, si nos ha dado su sangre y su vida? ¿Podemos desear más segura garantía y testimonio más claro de su inmensa caridad, de su clemencia sin medida? Pues como si aun no hubiera sido bastante aquel tremen-

do sacrificio para acreditarlo su inextinguible amor, ha ido á colocarse á la diestra de su Padre para interceder y abogar en favor nuestro sin cesar: *No solamente murió por nosotros, sino que también resucitó, y está sentado á la diestra de Dios, en donde asimismo intercede por nosotros* (San Pablo á los Rom. VIII. 34). *Puede perpetuamente salvar á los que por medio suyo se presentan á Dios: como que está siempre vivo para interceder por nosotros* (Hebreos VII. 25). Y para más inclinar al Padre á perdonarnos y á otorgarnos cuanto le pedimos, conserva siempre abiertas, siempre vivas, en su cuerpo glorificado, aquellas llagas que como otras tantas bocas hablan y suplican por sus amados.

Siendo esto así, ¡qué grande confianza debemos abrigar en nuestra alma cuando pronunciamos este nombre sagrado! Guardémonos solamente, como lo dejamos dicho antes, de aquella temeraria y presuntuosa confianza que nos lleva á prometernos una completa impunidad en medio de los desórdenes, y por lo demás esperemos en nuestro amantísimo Salvador, esperemos sin medida y repitamos con frecuencia en nuestro interior lo que el Apóstol decía con un sentimiento de inefable dulzura: *¡Jesucristo es nuestra esperanza!* ¡Oh, sí! *¡Jesucristo es nuestra grande y única esperanza!*

Aprendamos, por consiguiente, á estimar este nombre augusto y saludable; aprendamos á venerarlo, á amarlo é invocarlo en todos los pasos de la vida.

Invoquémoslo en las tentaciones, porque es antemural contra el que se estrellan los asaltos del demonio, del mundo y de la carne: *En tu nombre conculcaremos á los que se levantan contra nosotros* (Salmo XLIII. 6); invoquémoslo en las tribulaciones y en las adversidades, porque es aceite suavísimo que alivia las dolencias del espíritu y le llena de paz y de alegría: *Bálsamo derramado en tu nombre* (Cantar I. 2); invoquémoslo en nuestras necesidades y en nuestros peligros, así espirituales como temporales; porque es luz, sostén, fuerza, protección, consuelo, alegría, dulzura, todo bien.

Como *cristianos*, como discípulos de Cristo, debemos llevar el nombre divino de *Jesús* impreso en el alma, grabado en el corazón hasta el último aliento de la presente vida, á fin de que cuando nos llegue la hora de partir de este mundo á la eternidad, veamos sin espanto aproximarse la muerte, resuene melodioso en nuestros oídos al escucharlo de boca del sacerdote que nos asista, y al percibir apenas nuestros debilitados ojos la imagen del Crucificado, experimentemos la más dulce confianza y exclamemos animosos: *¡Jesús! ¡Sed para mí Jesús y salvadme!* El Señor entonces disipará todo temor, confortará nuestro espíritu y derramará en nuestro corazón el más grato y suave sentimiento de esperanza, de valor, de paz y de seguridad; se nos manifestará verdaderamente *Salvador* antes de aparecérsenos como juez; nos defenderá de los rigores de su terrible juicio, hallaremos gracia y misericordia en su tribu-

nal. ¡Oh cuán felices seremos si una vida santamente cristiana nos da derecho á contar en ese momento con la eficacia del nombre adorable de *Jesús!*

(Continuará.)

MORAL

INSTRUCCIÓN CÍVICA.

(CONTINÚA.)

V

El Hombre.

10. ¿Qué es el hombre?

Según la sana filosofía sancionada por el común sentir de todos los pueblos, es: *un animal racional.*

11. Explicadlo.

Un ser que consta de alma racional y cuerpo organizado: es, como se ha dicho, un compendio de las maravillas de la creación, pues tiene el ser común con todas las criaturas; el vegetar, con las plantas; el sentir, con los animales; y el entender, con los ángeles. Tres manifestaciones tiene la vida del hombre, á saber, el desarrollo físico, sensitivo é intelectual.

12. ¿Cuáles son las *principales facultades* del alma?

El entendimiento, la memoria y la voluntad libre, son sus facultades principales que le distinguen y le dan superioridad sobre los demás seres.

13. ¿Qué es el *entendimiento*?

La facultad de nuestra alma para conocer las cosas insensibles y aun las sensibles á manera de insensibles.

14. ¿Qué *derechos primordiales* tiene el hombre por razón de esta facultad?

Los de inquirir, abrazar, manifestar y defender oportuna y justamente la verdad.

15. ¿Qué obligaciones?

De sujetarse en todo esto á las leyes de la lógica, de la sana moral y á la autoridad de Dios suficientemente manifestada.

16. ¿Qué decís de la *libertad de pensamiento*?

Que dentro de esos términos de lógica, de moral y de subordinación á Dios, es un don preciosísimo que debemos al Autor de nuestra inteligencia.

17. ¿Qué es la *memoria*?

Es la facultad de nuestra alma para retener y recordar los conocimientos adquiridos.

18. ¿Qué es la *voluntad*?

Es la facultad de nuestra alma para desear y amar el bien, huir y aborrecer el mal.

19. ¿Qué derechos tiene el hombre por razón de la voluntad?

De buscar, amar y poseer el bien dentro de la ley natural y divina, así como dentro de las otras leyes que sean sus genuinas derivaciones.

20. ¿Qué es la *libertad*?

La indiferencia activa de nuestra voluntad, por la cual, supuestas todas las condiciones para obrar, puede hacerlo ó no hacerlo.

21. ¿Qué derecho tiene el hombre *por razón de su libertad?*

De usar de ella dentro de las expresadas leyes.

22. ¿Puede usarse de la *libertad de hacer el mal?*

El mal no puede hacerse libre é impunemente. El mal no puede menos que ser reprobado por la recta conciencia, por el juicio de los buenos y sobre todo por Dios. La libertad de hacer el mal es solamente para que no haciéndolo, merezcamos.

23. ¿Qué dotes principales tiene el alma?

Es *espiritual*, porque el entender y querer son actos que repugnan esencialmente á la materia y que se ejercen independientemente de ella. Es *inmortal*, porque es simple y subsistente por sí misma.

24. ¿Cuál es el *origen del hombre?*

La historia sagrada en conformidad con la razón bien dirigida, nos enseña que Dios formó el cuerpo del primer hombre y creó é infundió en ese cuerpo el alma racional que le dió vida vegetativa, sensitiva y racional.

25. ¿Cuál es el fin del hombre?

No puede ser otro que el que dice el Catecismo de la Doctrina cristiana: «Amar y servir á Dios en esta vida, para después verle y gozarle en la otra.»

CUESTIONARIO.

10. *Qué es el hombre.*—11. *Explicación.*—12. *Cuáles son las principales facultades del alma.*—13. *Qué es el entendimiento.*—14. *Qué derechos primordiales*

tiene el hombre por razón de esta facultad.—15. *Qué obligaciones.*—16. *Qué decis de la libertad de pensamiento.*—17. *Qué es la memoria.*—18. *Qué es la voluntad.*—19. *Qué derechos tiene el hombre por razón de la voluntad.*—20. *Qué es la libertad.*—21. *Qué derechos tiene el hombre por razón de la libertad.*—22. *Puede usarse de la libertad de hacer el mal?*—23. *Qué dotes principales tiene el alma.*—24. *Cuál es el origen del hombre.*—25. *Cuál es el fin del hombre.*

VI.

La familia.

26. ¿El hombre es un *ser social?*

Sí lo es: nos lo está diciendo su ser inteligente, la propiedad de poder comunicarse con sus semejantes por medio del lenguaje natural articulado; y finalmente, la multiplicidad de sus necesidades que requieren la cooperación de los demás hombres.

27. ¿Cuál es la primera sociedad propiamente dicha?

La familia, y esto no sólo en el orden cronológico, sino también en cuanto que es el fundamento y modelo de toda otra sociedad.

28. ¿Quién ejerce la autoridad en la familia?

El padre ó quien le represente.

29. ¿Qué leyes deben gobernar á la familia?

Es imposible inventar leyes más sabias que las leyes cristianas y son las siguientes:

30. «Quién es el que honra á sus padres?»

«El que los obedece, socorre y reverencia.»

31. «¿Qué deben hacer los padres naturales con «sus hijos?»

«Sustentarlos, doctrinarlos y darles estado no contrario á su voluntad.»

32. «¿Quiénes otros son entendidos por padres á más de los naturales?»

«Los mayores en edad, saber y gobierno.»

33. «Los casados, con sus mujeres, ¿cómo deben haberse?»

«Amorosa y cuerdamente, como Cristo con la Iglesia.»

34. «Y las mujeres con sus maridos, ¿cómo?»

«Con amor y reverencia, como la Iglesia con Cristo.»

35. «Y los amos con los criados, ¿cómo?»

«Como con los hijos de Dios.»

36. «Y los criados con los amos, ¿cómo?»

«Como quien sirve á Dios en ellos.»

37. Qué otro punto de importancia ha sostenido el cristianismo á este respecto?

Que el matrimonio entre cristianos es un sacramento.

38. ¿Qué más?

La unidad é indisolubilidad del matrimonio.

QUESTIONARIO.

26. *El hombre es un ser social?*—27. *Cuál es la primera sociedad propiamente dicha.*—28. *Quién ejerce la autoridad en la familia.*—29. *Qué leyes deben gobernar á la familia.*—30. *Quién es el que honra á sus padres.*—31. *Qué deben hacer los padres natura-*

les con sus hijos.—32. *Quiénes otros son entendidos por padres á más de los naturales.*—33. *Los casados con sus mujeres ¿cómo deben haberse?*—34. *Y las mujeres con sus maridos ¿cómo?*—35. *Y los amos con los criados ¿cómo?*—36. *Y los criados con los amos ¿cómo?*—37. *Qué otro punto de importancia ha sostenido el cristianismo á este respecto.*—38. *Qué más.*

VALOR CRISTIANO.

El verdadero valor es una gran virtud. Llamamos *valor cristiano* á la imperturbable serenidad, ó sea la noble presencia de ánimo que nos hace confesar y manifestar oportunamente, siempre y en todas partes, que somos católicos.

Decimos *oportunamente*, porque el valor como virtud requiere un justo medio que inspiran la gracia y la recta conciencia; pues claro está que no se avienen con el verdadero valor, ni las cobardes ocultaciones, ni los imprudentes alardes.

Ahora es más frecuente lo primero que lo segundo. Estamos en un tiempo en que abundan los malos cristianos, que como José de Arimatea en su primera época, quisieran ser discípulos ocultos de Jesu-cristo *propter metum judæorum*, porque se amilanan ante el ridículo respeto humano.

Hay otros peores, que no solamente ocultan su fe, sino que dada la ocasión se muestran enemigos del

catolicismo; pues por una mal entendida vergüenza discurren, hablan y obran como los más descarados impíos: murmuran de los sacerdotes, ridiculizan el culto divino, con mucha seriedad admiten contradicciones científicas y errores históricos, haciendo traición á su propia causa.

Para un epemigo astuto, para un cristiano de verdad, esa conducta revela cobardía y estupidez.

Científicamente hablando, no hay ni puede haber razones contra la doctrina y moral de Jesucristo, ni es vulnerable quien sabe cumplirla. Los malos sacerdotes y los malos cristianos no lo son por la religión, sino porque no la observan. Las contradicciones son no más que aparentes, y se desvanecen cuando se estudia sujetándose á las reglas de la sana crítica.

Por esto es que la impiedad se aprovecha de la confusión de ideas, abusa de las palabras y luego recurre á un medio tan diabólico como eficaz: *la burla*. La burla hiere directamente al amor propio: éste ciega al hombre y le impide que discurra: por no verse humillado se despecha y da al traste con todo, aun con los mayores y más legítimos timbres de nobleza.

Míradlo bien, ¡oh cristianos! Ningún motivo existe para que nos avergoncemos de nuestra doctrina: por el contrario, hay muchos y muy poderosos argumentos para que nos sintamos honrados, satisfechos y que con santo valor confesemos la fe de Jesucristo. (Continuará.)

VARIEDADES

EL PASO DE LA BONDAD DE DIOS.

¡Mirad! Recorre Dios el Universo á través de los espacios.

Traza á los astros la órbita que deben invariablemente seguir, da su esplendor al sol, con fúlgidas estrellas borda el manto de la noche, esmalta la pradera con muchedumbre de variadas flores, reviste de nieve las montañas, precipita los torrentes, en leves arenillas quebranta el furor de las encrespadas olas de los mares, da melodiosos trinos á las aves, de su amoroso y divino aliento envía la suave brisa, ó llena de terror al mundo con el relampagueo de sus ojos y le hace estremecer cuando retumba su majestuosa voz.

¡Dios pasa y los hombres no lo ven!

Y cuando ansía que le siga la humanidad entera, ésta huye de Él y se le aparta desdenosa.

Hombres ciegos, ¿así dejáis pasar indiferentes la bondad de Dios?

.....

Revístese entonces Dios de la forma humana, y por treinta y tres años se ocupa en recorrer una parte de la tierra.

Le ven los hombres y le oyen; mas ¡ay! le desprecian y lo sacrifican.

Quitán la vida al hombre, no á Dios; y el Hombre-Dios resucita y vuelve á recorrer el mundo.

Hombres ingratos, ¿dejaréis pasar la bondad de Dios?

.....

Abarca luego la superficie toda de la tierra, fija su tabernáculo en mil y mil lugares: de ellos sale diariamente para mostrarse á los que quieren verlo. Brilla más que el sol en manos de sus ministros y vuelve á su morada en espera de los hombres.

En ciertos días sale con brillante fausto á la calle; se le disponen en las plazas y en los umbrales de las casas, magníficos tronos en que se digna reposar breves instantes.

Agrádale, sobre todo, visitar á los moribundos, consolarlos en su agonía, acompañarlos en su último viaje.

Y á pesar de tanto afán por los hombres, pasan muchos por donde está y no se dignan entrar á saludarlo; otros hay, ridículos pigmeos, que pretenden impedirle salir á derramar beneficios, y hasta los hay miserables que rehusan al morir su visita salvadora.

Hombres impíos, ¡dejad pasar la bondad de Dios!

Cuenta todavía con otros medios de mostrarse á los hombres.

Penetra al interior de las almas puras, niños, vírgenes, piadosas mujeres, intrépidos cristianos, santos sacerdotes.

Estas almas siguen á Dios en la tierra.

Y el mundo dice: Hay en esos niños, en esas mujeres, en esos hombres, algo que nosotros no tenemos. En su mirada, en su frente, en todo su porte, adviértese un no sé qué desconocido. Estas gentes valen, no hay duda, más que nosotros. ¡Son hijos de Dios, y nosotros lo somos del demonio!

Así discurren los hombres en el fondo de su corazón, y continúan sin embargo esclavos de Satanás.

Hombres insensatos, ¡dejad pasar la bondad de Dios!

Tras de largos años llega por fin el Señor al término de su peregrinación.

Lleva en su compañía gran número de elegidos.

Mas ¡ay! deja también una muchedumbre mayor de malvados.

Entra con aquéllos en su mansión eterna.

¡Oh! ¡Y cuánto trabajó este Dios de bondad infinita! ¡Con qué ardor, con qué tierna solicitud corrió en pos de las ovejas descarriadas! ¡De cuántas maneras procuró volverlas al aprisco de su amor! ¡Cuánto tiempo estuvo aguardándolas con ansia en

sus altares, en sus tabernáculos, en sus tronos, en las almas puras!

¡Todo en vano!

Y como al entrar en su cielo cerró la puerta del Paraíso, oye de afuera clamores angustiosos que dicen: ¡Ábrenos! ¡Ábrenos!

Y Dios se inclina, pero sólo para responder:

¡Es ya tarde! ¡El tiempo de la misericordia acabó! ¡Haced ahora paso á mi justicia!

¡Y qué justicia! ¡Justicia eterna!

(*Simientes del Paraíso.*)

DIOS.

¡Dios de los mundos! ¿cómo no cantarte,
Si llena está mi alma de tu nombre?

¡Dios de la eternidad! ¿cómo nombrarte,
Cómo cantar tu gloria podrá el hombre?

¡Oh sumo Dios! El alma que me diste
Ni callar ni cantar tu nombre osa
¡Sólo sabe ofrecerte el llanto triste
Que de este pobre corazón rebosa!

¡Llanto de amor, que en su amargura encierra
Á la vez la desdicha y el consuelo!
¡Inmenso amor, sin término en la tierra,
Que, ansioso de su bien, aspira al cielo!

PEDRO ANTONIO DE ALARCÓN.

EL CATECISMO

ORGANO

DE LA «CONGREGACIÓN DEL CATECISMO»

Hec est victoria qua vincit mundum, fides nostra.

Esta es la victoria que vence al mundo, nuestra fe.

1^o Epist. de S. Juan, Cap. V, v. 4.

DOCTRINA

(Continúa.)

P. ¿Cómo se hizo hombre nuestro Señor Jesucristo?

R. *En el vientre virginal de nuestra Señora la Virgen María, por obra del Espíritu Santo, quedando ella siempre virgen y verdadera madre de Dios.*

El Verbo divino no podía ser *Jesús*, esto es, nuestro Salvador, sino con la condición de tomar sobre sí las penas que merecíamos, y no podía tampoco tomar estas penas sino con la condición de revestirse de nuestra naturaleza pasible, uniéndola á su naturaleza divina, para dar valor infinito á los sufrimientos de esa humanidad que tomaba.

Pero ¿cómo se hizo hombre el Hijo de Dios? Esto es lo que vamos ahora á explicar.

Cuando llegó el instante fijado desde toda la eternidad para la reconciliación de los hombres con Dios, el arcángel San Gabriel fué enviado por el Altísimo á la ciudad de Nazareth, á una virgen llamada María, de